

# **Cuatro corazones con freno y marcha atrás**

Enrique Jardiel Poncela

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición de Enrique Gallud Jardiel  
ISBN 978-84-16564-57-6  
© 2021 Paradimage Soluciones

# Prólogo a la edición digital

**Enrique Jardiel Poncela** (Madrid 1901-1952) fue un escritor y dramaturgo español. Su obra, relacionada con el teatro del absurdo, se alejó del humor tradicional acercándose a otro más intelectual, inverosímil e ilógico, rompiendo así con el naturalismo tradicional imperante en el teatro español de la época. Esto le supuso ser atacado por una gran parte de la crítica de su tiempo, ya que su humor hería los sentimientos más sensibles y abría un abanico de posibilidades cómicas que no siempre eran bien entendidas. A esto hay que sumar sus posteriores problemas con la censura franquista. Sin embargo, el paso de los años no ha hecho sino acrecentar su figura y sus obras siguen representándose en la actualidad, habiéndose rodado además numerosas películas basadas en ellas.

En este volumen presentamos **Cuatro corazones con freno y marcha atrás**, originalmente estrenada en 1936 bajo el título "Morirse es un error". Narra en tres actos las vicisitudes de dos parejas y un cartero que, gracias a cierto elixir, logran pero no del todo esquivar la vejez y la muerte.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en  
[www.paradimage.es](http://www.paradimage.es)*



# Indice

ACTO PRIMERO .....	6
ACTO SEGUNDO .....	43
ACTO TERCERO .....	73

## ACTO PRIMERO

*Una sala de recibir en casa de Ricardo. Puerta al foro, que simula conducir a un pasillo y a la entrada de la casa. Otras dos puertas en el último término de la derecha y en el primer término de la izquierda respectivamente, que llevan a otras habitaciones interiores. Las tres puertas son de dos batientes, con soportes de metal dorado. Según se ha dicho, la acción de este acto primero transcurre en la segunda mitad del siglo XIX, mediado el año 1860, y, por tanto, el decorado y el "atrezzo" están de absoluto acuerdo con la época. Las puertas se hallan provistas de amplios y pesados cortinones, que se recogen a los lados con pliegues. Las paredes, de papel rameado con baquetillas de madera, aparecen pródigamente adornadas con cuadros al óleo y grandes platos de escayola, en el fondo de los cuales se han pintado marinas, puestas de sol y frutas o flores. Todos los muebles, susceptibles de soportar encima algún objeto, rebosan de "bibelots" y de figuritas de porcelana atrozmente artísticas. Grandes consolas sostienen candelabros con velas y quinqués de petróleo, y entre ellos se alzan fanales de cristal, en cuyo interior rebosan barquitos y toda suerte de trabajos hechos con conchas, corales y perlas falsas. Fotografías de familia. Pendiente del techo, una gran lámpara con luces de gas o petróleo. En los rincones, maceteros que sostienen tiestos de plantas artificiales y flores de trapo. El suelo es de ladrillos rojos y blancos, tapado a trechos por alfombras de nudo, hechas a mano. Presidiendo la escena, una imagen de San Isidro, delante de la cual arde una lamparilla de aceite, iluminándola. Sillones y sofás de peluche de color y madera negra, confidentes "vis-à-vis", sillas curvadas y veladores. Colgando junto a la puerta del foro, cordón de una campanilla. Son las siete de la tarde de un día de primavera. La puerta del foro está abierta, y las otras dos, cerradas.*

*Al levantarse el telón, en escena, Emiliano. Es un individuo de unos cuarenta años, cartero de profesión, en pleno ejercicio de su cargo. Viste el uniforme de los carteros de la época y lleva una gruesa cartera colgada del hombro. Su actitud es la de un hombre estupefacto e intrigado, porque conviene advertir que ha entrado hace mucho tiempo en aquella casa a entregar una carta certificada y no ha conseguido que le atienda nadie, que nadie le firme el recibo y que nadie se ocupe de él. Emiliano se halla sentado en una silla, consternado y sin saber qué pensar de lo que sucede. Un reloj que hay sobre un mueble da siete campanadas.*

### EMPIEZA LA ACCIÓN

**EMILIANO.** —Las siete de la tarde; y entré aquí a las doce y media... Hoy es cuando me echan a mí del noble Cuerpo de Carteros, Peatones y Similares, recientemente constituido. Pierdo el empleo como mi abuelo perdió el pelo y mi padre perdió a mi abuelo. Pero yo no me voy de aquí sin que me firmen el certificado y sin enterarme de lo que ocurre en esta casa. (*Dentro, en la derecha, se oyen unos ayes lastimeros. Emiliano se levanta sin querer, sobresaltado, y en seguida vuelve a sentarse.*) Otra vez los ayes... Seis horas y media de ayes. He llegado a pensar

si estarán asesinando a un orfeón... Por otro lado, la casa parece honorable, y al mismo tiempo esto de que sus habitantes no me hagan caso... *(Por la izquierda sale Catalina, que es una doncella de servicio de la casa. Emiliano se levanta con ánimo de hablarle y de que le atienda.)*  
Joven... Chis... Joven...

*(Catalina cruza la escena sin hacer caso, hablando sola, preocupadísima.)*

**CATALINA.** —¡Válgame Dios!... ¡Válgame Dios!... ¡Válgame la Santísima Virgen!...

**EMILIANO.** —Me hace usted el favor, joven, que estoy aquí desde las doce y media, porque traigo un certificado para don Ricardo Cifuentes...

*(Catalina ni le mira siquiera.)*

**CATALINA.** —¡Válgame el Redentor!...

*(Catalina se va por el foro, como si Emiliano no existiera en el mundo. Emiliano queda en la puerta del foro con la palabra en la boca. Por la derecha sale entonces Adela, una muchacha de unos veinticinco años, muy bonita; lleva traje de calle y la capotita puesta. Está tan preocupada como Catalina y se va en dirección a la izquierda, hablando sola también. Emiliano, en cuanto la ve, intenta, naturalmente, entablar el diálogo.)*

**EMILIANO.** —Tenga la bondad, señorita, que estoy aquí desde las doce y media, porque traigo un certificado para don Ricardo Cifuentes...

**ADELA.** —¡Dios mío de mi alma!... ¡Dios mío de mi corazón!...

*(Han llegado a la izquierda, y Adela hace mutis por aquel lado, sin atender a Emiliano y dándole materialmente con la puerta en las narices. Entonces, por el foro, vuelve a salir Catalina, esta vez en dirección a la derecha. Emiliano echa a correr hacia ella.)*

**EMILIANO.** —Joven... Joven... Joven... Chis... Oiga, joven...

*(Catalina se va por la derecha, cerrando la puerta tras sí. En el mismo instante, por la izquierda, sale nuevamente Adela, en compañía de Luisa, que es un ama de llaves de unos cincuenta años, hablando entre sí, siempre muy preocupadas, y en dirección a la derecha. Emiliano se lanza en el acto a abordarlas con la misma falta de éxito de siempre.)*

**LUISA.** —Todo, señorita Adela; todo... Hemos hecho todo lo que se podía hacer...

**EMILIANO.** —Señoras... ¿Tienen la bondad, señoras?

*(Las sigue.)*

**ADELA.** —¿Y avisaron a la señorita Valentina? ¿Y a doña Hortensia?

*(Andando rápidamente hacia la derecha.)*

**LUISA.** —Sí. Ha ido José en el coche. Ya no puede tardar.

**EMILIANO.** —*(Andando, como siempre, al lado de ellas.)* Señoras, hagan el favor, que estoy aquí desde las doce y media, porque traigo... *(Han llegado los tres a la derecha, y Adela y Luisa se van hablando entre sí, sin contestar a Emiliano.)* Nada, no hay manera. *(Por el foro, procedente de la calle, entra María, otra doncella al servicio de la casa, cargada de paquetes, jadeando por una larga carrera y más preocupada, si cabe, que las demás. Emiliano se esperanza al verla.)* ¡Hombre, la que abrió la puerta esta mañana! *(Va hacia ella.)* Joven...

**MARÍA.** —*(Que iba hacia la derecha, deteniéndose.)* ¡Hola, buenas! ¡Loca vengo!... ¡Sin respiración vengo!... ¡Sin saber por dónde piso vengo!...

**EMILIANO.** —*(Hablando para sí.)* Esta se va a explicar.

**MARÍA.** —¡Vaya un día!... ¡Menudo día!... ¡Dios mío, qué día!

**EMILIANO.** —Mal día, ¿eh?

**MARÍA.** —¡Uf!... ¡Qué día! ¡¡Qué día!!... Pero y usted, ¿qué hace aquí todo el día?

**EMILIANO.** —Pues ya lo ve usted; pasando el día. Ni he conseguido que me firmen el certificado ni enterarme de lo que ocurre en la casa.

**MARÍA.** —¡Flojo es lo que ocurre en la casa!...

**EMILIANO.** —Oiga usted: ¿y qué es lo que ocurre?

**MARÍA.** —¿Que qué ocurre? Mentira parece lo que ocurre. Espérese usted, que voy a ver si ha ocurrido algo más.

*(Se va por la derecha, dejando en un sillón los paquetes que traía. Emiliano queda inmóvil, más intrigado y fastidiado que nunca. Por el foro irrumpe José, que es el cochero de la casa. Viste de uniforme y tiene unos treinta años. José, como los restantes personajes, está muy preocupado y con síntomas de tener mucha prisa. Entra a dar un recado y se detiene para hablar rápidamente.)*

**JOSÉ.** —¡Hola, amigo! Buenas tardes.

**EMILIANO.** —*(Volviéndose.)* ¿Eh?...

*(Va hacia él nuevamente, esperando por saber y por averiguar.)*

**JOSÉ.** —No puedo entretenerme; soy el cochero del señor Cifuentes, ¿sabe usted? Bueno, pues le dice usted al ama de llaves, doña Luisa, ya sabe usted quién le digo... Le dice usted que de parte de José que he hecho los recados que me mandó: que he avisado ya a la señorita Valentina y que ya está informada de todo doña Hortensia. Que el señor Bremón quedó en venir a las siete y media. Y que me ha dicho que lo que sucede aquí tenía que suceder, y que no es extraño que suceda. ¿Se le olvidará a usted algo?

**EMILIANO.** —A lo mejor, no; pero oiga usted, ¿qué es lo que sucede aquí?

*(José lanza un silbido ponderativo e inicia el mutis. Cuando va a salir por el foro entra el señor Corujedo, un caballero de unos cincuenta años, de aire amable y educadísimo.)*

**CORUJEDO.** —¿Se puede?

**JOSÉ.** —Sí, señor; pase usted. *(A Emiliano.)* Lo que sucede aquí... *(Silba aún más fuerte.)* ¡Ea, adiós!

*(Se va por el foro.)*

**CORUJEDO.** —¿Da usted su permiso?

**EMILIANO.** —Adelante, caballero. *(Para sí.)* A ver si éste está al tanto. *(A Corujedo.)* Pase usted, hágame el favor.

**CORUJEDO.** —Muchas gracias.

**EMILIANO.** —Siéntese y póngase cómodo.

**CORUJEDO.** —*(Sentándose.)* Es usted muy amable.

**EMILIANO.** —Con toda confianza. Está usted en su casa... El que no está en su casa soy yo, pero da igual.

**CORUJEDO.** —Me llamo Elías Corujedo.

**EMILIANO.** —Hace usted bien.

**CORUJEDO.** —¿Eh?

**EMILIANO.** —Y como le supongo a usted enterado de lo que ocurre aquí...

**CORUJEDO.** —Pues verá usted: yo no tengo la menor idea de lo que pueda ser.

**EMILIANO.** —¡Hum!...

**CORUJEDO.** —Yo venía a ver al señor Cifuentes para proponerle un negocio, me he encontrado abierta la puerta de la escalera y he entrado. Ya había venido esta mañana, pero me ha sucedido una cosa que no la va usted a creer.

**EMILIANO.** —¿El qué?

**CORUJEDO.** —Que estuve aquí cerca de media hora sin que nadie me hiciera caso.

**EMILIANO.** —¿Es posible?

**CORUJEDO.** —En vista de ello he vuelto esta tarde. Soy agente de seguros de vida.

**EMILIANO.** —¿Y eso qué es?

**CORUJEDO.** —Un negocio nuevo, llamado a tener un gran porvenir.

**EMILIANO.** —¿Y en qué consiste?

**CORUJEDO.** —Pues consiste en que el asegurado pague una pequeña cantidad mensual a la Sociedad que le asegura, y la Sociedad, cuando el asegurado se muere, le da una serie de miles a la viuda o a la familia.

**EMILIANO.** —Lo que discurren en este siglo... Pero oiga usted, y la gente, ¿cómo recibe esa proposición?

**CORUJEDO.** —Al principio me oyen amablemente, pero cuando se enteran de que para cobrar tienen que morir se indignan y me atizan.

**EMILIANO.** — ¡Claro!...

**CORUJEDO.** —La gente está muy atrasada, pero algún día el seguro de vida será una cosa corriente. Tenemos la suerte de vivir en una época, amigo mío, que nos reserva grandes sorpresas... Me han dicho que en el extranjero han inventado un artilugio que se llama teléfono y que sirve para hablar desde una población con otra.

**EMILIANO.** — ¡Lo que tendrán que gritar!...

**CORUJEDO.** —Y que hay países donde han empezado a usar un chisme que le dicen telégrafo, y que consiste en mandar cartas por la electricidad.

**EMILIANO.** —*(Dando un salto.)* ¡¡No!!

**CORUJEDO.** —Sí, señor; sí.

**EMILIANO.** —Cállese, cállese, caballero...

*(Le tapa la boca.)*

**CORUJEDO.** —¿Eh?... ¿Pero?...

**EMILIANO.** —Hágame el favor de callarse, que si se enteran de eso aquí, en España, me quedo sin empleo. ¿No ve usted que soy cartero? En cuanto empiecen a mandar las cartas por la electricidad sobramos nosotros.

*(Dentro, en la derecha, suenan unos ayes lastimeros de Ricardo, lo mismo que al principio del acto.)*

**CORUJEDO.** —Oiga usted, ¿qué es eso?

**EMILIANO.** —Un misterio. En esa habitación *(Por la derecha.)* por lo visto se encuentra encerrado el amo de la casa, al que de vez en vez se le oye quejarse.

*(Van a la puerta y escuchan. Entonces, dentro se oyen risas, grandes carcajadas.)*

**CORUJEDO.** —Pero..., pero, ahora se ríe... Y dentro hay varias personas que hablan a un tiempo... ¿Quiénes son?

*(Por el foro, mientras hablan, ha entrado Juana, la portera de la casa, una mujer de unos cuarenta años, y que se dirige hacia Corujedo y Emiliano, concluyendo la última frase de Corujedo.)*

**JUANA.** —... La profesora de pintura.

**EMILIANO y CORUJEDO.** —*(Al mismo tiempo.)* ¿Eh?

**JUANA.** —Don Ricardo..., las doncellas y doña Luisa, el ama de llaves...

**EMILIANO.** —¿Y usted?

**JUANA.** —La portera.

**EMILIANO.** —*(A Corujedo.)* ¡Huy!... Está enteradísima.

**CORUJEDO.** —Seguro...

**EMILIANO.** —Oiga usted... ¿Aquí qué ocurre?

**JUANA.** —Si yo pudiera hablar...

**EMILIANO.** —Por sus hijos, hable usted, señora.

**JUANA.** —En secreto... puedo decirles que en esta casa vive don Ricardo Cifuentes.

**CORUJEDO.** —Ya...

**EMILIANO.** —De esto es de lo único que estábamos enterados.

**JUANA.** —Don Ricardo es un muchacho de unos treinta años, soltero y huérfano...

**CORUJEDO.** —¿Profesión?

**JUANA.** —Ninguna,

**EMILIANO.** —La mejor profesión que se conoce.

**CORUJEDO.** —Pero, aparte de pintar al óleo, ¿a qué se dedica don Ricardo?

**JUANA.** —Pues don Ricardo se ha dedicado a divertirse y a quedarse sin un céntimo de la fortuna que le dejaron sus padres, y a esperar a que se muriera su tío Roberto, para heredarle y casarse con la señorita Valentina.

**EMILIANO.** —¿El tío Roberto es rico?

**JUANA.** —Millonario...

**EMILIANO.** —Y no se muere, claro.

**JUANA.** —Se murió el jueves pasado.

**EMILIANO y CORUJEDO.** —*(Al mismo tiempo.)* ¿Cómo?

**JUANA.** —Que se murió el jueves pasado. Hoy debía verificarse la apertura del testamento; y sé de muy buena tinta que el tío le ha dejado íntegra su fortuna: ocho millones de reales.

**EMILIANO.** —Entonces, lo que tiene ese hombre es que se ha vuelto loco de alegría.

**JUANA.** —Tampoco. Porque yo he visto con mis propios ojos, también, que el señorito ha venido disgustadísimo de casa del notario.

*(Por la derecha sale María, la doncella que entró antes con los paquetes, en la actitud de quien busca algo nerviosamente.)*

**MARÍA.** —Los paquetes... ¿Dónde he dejado yo los paquetes? ¡Ah!... Sí. Aquí.

*(Va al sillón y los coge. Los otros tres la interrogan ansiosos.)*

**JUANA.** —¿Qué ocurre, María?

**CORUJEDO.** —¿Qué ?

**EMILIANO.** —¿Qué?

**MARÍA.** —Que me había dejado los paquetes y el agua de azahar.

**EMILIANO.** —En la casa.

**MARÍA.** —Claro; en ese sillón.

**EMILIANO.** —¿Que qué ocurre en la casa...?

**MARÍA.** —Pues que se ha armado el lío que se ha armado. Entre lo de la herencia y la carta del doctor...

**JUANA.** — ¿Pero se ha recibido una carta de un doctor?

**MARÍA.** —Del doctor Bremón.

**EMILIANO.** —Bueno joven: vamos por partes. ¿Qué es lo de la herencia?

**MARÍA.** —Pues lo de la herencia, por lo visto es una infamia.

**EMILIANO.** —Pero el tío Roberto le ha dejado heredero al señorito Ricardo, ¿no?

**MARÍA.** —*(Asombrada.)* ¿Conocía usted al tío Roberto? ¿Está usted enterado del lío de la herencia? Cuente usted... Cuente usted..,

**EMILIANO.** —¿Eh?

*(Por la derecha salen Luisa y Adela, y María las llama vivamente.)*

**MARÍA.** —¡Doña Luisa! ¡Señorita Adela! ¡Este señor lo sabe todo!

**LUISA y ADELA.** —*(Al mismo tiempo.)* ¿Qué?

**MARÍA.** —Está enterado de todo al detalle.

**LUISA.** —¡Dios mío!... Hable usted...

**ADELA.** —Hable usted, caballero...

*(Por la derecha, Catalina.)*

**CATALINA.** —*(A María.)* ¿Qué dices? ¿Que ya se sabe todo?

**MARÍA.** —Todo. Este señor nos lo va a decir.

**CATALINA.** —¿Y qué es? ¿Qué es lo de la herencia?

**ADELA.** — ¿Qué quiere decir en su carta el señor Bremón?

**EMILIANO.** —Pero, bueno, a ver, porque voy a acabar loco... ¿Todo eso me lo preguntan ustedes a mí?

**LUISA, ADELA y CATALINA.** —*(Al mismo tiempo.)* Claro...

**MARÍA.** —¿Pues a quién se lo vamos a preguntar?

**EMILIANO.** —Señor Corujedo, ¿oye usted esto?

**CORUJEDO.** —Sí. Y realmente está usted en la obligación de explicarnos...

**EMILIANO.** —*(Estupefacto.)* ¿Que yo estoy en la obligación de explicarles? *(A María.)* ¿Dónde está el agua de azahar?

**MARÍA.** —*(Alargándole una botella.)* Aquí.

**EMILIANO.** —*(Bebiéndose un trago.)* Venga...

*(Se limpia con la manga.)*

**LUISA.** —Como María decía que...

**MARÍA.** —Yo, como le oí hablar del tío Roberto...

**EMILIANO.** —Pero si las noticias del tío Roberto me las ha dado esta señora. *(Por Juana.)*

**JUANA.** —¿Cómo?

**EMILIANO.** —*(A gritos, haciéndose dueño de la situación.)* Y yo también... Y el señor Corujedo... Y todos. Porque si dentro de tres minutos justos no nos enteramos nosotros de las cosas que suceden aquí, aquí van a suceder cosas de las que se va a enterar todo el mundo...

**JUANA.** —¡Pero, buen hombre!...

**CORUJEDO.** —Amigo mío...

*(Alarma en todos.)*

**EMILIANO.** —Ni buen hombre, ni amigo, ni nada... No estoy dispuesto a aguantar el que me pregunten a mí lo que ocurre, ni mucho menos a quedarme sin saberlo, porque antes de eso mato a una...

**LUISA.** —¡Dios mío!...

**ADELA.** —¡Ay!...

**CATALINA.** —Avisad a alguien.

**MARÍA.** —Sí, sí... *(Inicia el mutis por el foro.)*

**EMILIANO.** —Quieta, joven... De aquí no sale nadie... Me constituyo en tribunal y voy a interrogar. *(A Luisa.)* Hable la testigo.

**LUISA.** —Pues, verdaderamente, yo no puedo decir mucho. Hasta el jueves pasado el señorito Ricardo ha venido haciendo su vida corriente; visitar noche tras noche a su tío Roberto, que ha vivido once meses asegurando formalmente que se moría al día siguiente.

**CORUJEDO.** — Y ¿de qué ha vivido don Ricardo en esos once meses?

**LUISA.** —De milagro, caballero.

**EMILIANO.** —Pero ¿y esta casa?

**JUANA.** —No paga desde agosto.

**EMILIANO.** —¿Es posible?

**LUISA.** —¡Si lo sabrá Juana, que es la portera! Y todos esos muebles, vendidos. No se los han llevado ya, porque como pesan mucho, les da pereza.

**CATALINA.** —Y a mí el señorito me debe el sueldo de todo el año.

**MARÍA y ADELA.** —*(Al mismo tiempo.)* Y a mí.

**LUISA.** —Toma, y a mí. Y al cochero. Y a todos...

**EMILIANO.** —¿Y cómo le sirven ustedes?

**MARÍA.** —De muy mala gana.

**LUISA.** —La verdad es que todos esperábamos el día de hoy, porque a las nueve era la lectura del testamento. El señorito se fue a las nueve menos cuarto, y cuando volvió de casa del notario estaba pálido y deprimidísimo... Le pregunté y me contestó: "Sí, Luisita; me ha dejado de heredero universal, pero lo que ese hombre ha hecho conmigo es una infamia, una infamia..." Se echó a llorar, le entró un hipo tremendo y empezó a dar sacudidas; total, que cayó en un ataque de nervios terrible.

**CATALINA.** —Terrible.

**CORUJEDO.** —Bueno; pero ¿y las risas?

**EMILIANO.** —Eso es: ¿por qué se reía al mismo tiempo que se quejaba?

**LUISA.** —Eso es de otro asunto; lo del doctor Bremón, un antiguo amigo del señorito.

**CORUJEDO.** —Médico, claro...

**LUISA.** —Pues verá usted: es médico y no es médico.

**EMILIANO.** —En esta casa nadie sabe lo que es.

**LUISA.** —Es médico porque tiene acabada la carrera de Medicina y una fama grandísima como médico; pero no es médico porque no ejerce y, además, porque, según él mismo dice, no sabe nada de Medicina.

**CORUJEDO.** —¿Que no sabe nada de Medicina?

**EMILIANO.** —Entonces, por eso es famoso como médico.

**LUISA.** —Según él, la Medicina no es una ciencia, sino un arte.

**CORUJEDO.** —Un arte...

**LUISA.** —Y lo define: como "el arte de acompañar con palabras griegas al sepulcro".

**EMILIANO.** —¡Vaya un tío!...

**LUISA.** —Para él, las enfermedades se dividen en dos clases: las que se curan solas de cualquier manera y las que no las cura nadie de ninguna manera. Las primeras, como se curan solas de

cualquier manera, dice que no necesitan médico, y las otras, como no las cura nadie de ninguna manera, pues tampoco.

**EMILIANO.** —Un genio...

**CORUJEDO.** —Y si no se dedica a la Medicina, ¿a qué se dedica el doctor?

**LUISA.** —Pues... (*Volviéndose a Adela, con aire reservado, como quien no se atreve a descubrir un secreto gravísimo.*) ¿Lo digo?

**EMILIANO.** —(*Indignado.*) ¿Cómo que si lo dice? ¿Cómo que si lo dice? Pero ¿usted cree que vamos a aguantar que nos oculte usted algo?

**ADELA.** —Dígalo, Luisa. Después de todo...

**LUISA.** —Pues nosotras creemos que se dedica a... Pero antes de decirlo voy a rezar un Padrenuestro a San Isidro para que nos libre del pecado...

**EMILIANO y CORUJEDO.** (*Al mismo tiempo.*) ¿Eh?

**LUISA.** —(*Poniéndose ante la imagen.*) Padre nuestro... (*Rezan todas las mujeres.*)

**EMILIANO.** —Pero ¿ve usted esto?

**CORUJEDO.** —¿A qué se dedicará el doctor, que hace falta rezar antes de decirlo?

**EMILIANO.** —Señor Corujedo, me estoy quedando sin pulso.

**LUISA.** —(*Acaba con las demás la oración.*) ...tentación, mas líbranos del mal. Amén. Pues nosotras creemos que el doctor Bremón se dedica a (*Bajando la voz y estremeciéndose.*) a... cosas de brujería.

**TODAS.** —¡Jesús!

**EMILIANO.** —¿Cómo?

**CORUJEDO.** —¿A cosas de brujería?

**LUISA.** —Sí, señor, sí. Hace experiencias raras y descubrimientos extraños. Tiene la casa llena de bichos para probar en ellos sus experimentos. No permite entrar a nadie en su gabinete de trabajo, y, por las noches, el doctor se encierra allí horas y horas, y dicen que sale humo por debajo de la puerta.

**EMILIANO.** —Será que fuma.

**LUISA.** —No, señor, que el humo, por lo visto, tiene como un olor a azufre...

**JUANA, CATALINA y MARÍA.** —(*Al mismo tiempo.*) ¡Ave, María Purísima!

(*Se santiguan.*)

**ADELA.** —¡El doctor lee el futuro en los astros!

**EMILIANO.** —¡Vaya vista!

**MARÍA.** —¡Y le achacan no sé cuántos inventos!

**LUISA.** —Una de las cosas que dicen que ha inventado es ¡unas píldoras para no dormirse en la ópera!

**CORUJEDO.** —¡Qué cerebro!

**EMILIANO.** —Eso es más grande que lo del seguro de vida, señor Corujedo.

**LUISA.** —Por ello es nuestro miedo y nuestra angustia, porque a poco de volver el señorito Ricardo de la notaría, llegó una carta para él del doctor Bremón. Se la dejé en su cuarto, pero me olvidé de ella cuando cayó con el ataque de nervios. Asustada, mandé a ésta (*A María.*) que fuera a buscar agua de azahar y éter, y en el momento en que iba a ir, vimos que el señorito, en vez de quejarse, empezaba a reír a carcajadas. Entramos, aterradas, creyendo que se había vuelto loco; pero no se había vuelto loco; era que había leído la carta del doctor.

**EMILIANO.** —¡Caramba!

**LUISA.** —Parecía otro hombre: le brillaban los ojos, daba vivas al doctor y vivas a España. Y gritaba: "¡Ya está, ya está!"

**EMILIANO.** —¡Ya está!

**TODOS.** —(*Interesadísimos.*) ¿El qué?

**EMILIANO.** —Que gritaba: "¡Ya está!"

**LUISA.** —Sí, señor. "¡Ya está!" Y en seguida dijo que avisásemos a la señorita Valentina y a doña Hortensia, y que trajéramos pasteles y champaña para celebrarlo.

**EMILIANO.** —Pero ¿para celebrar el qué?

**LUISA.** —Pues ésa es la cosa, que no dijo más.

**EMILIANO.** —Bueno, pero ¿y la carta del doctor?

**LUISA.** —Aquí la tengo.

*(Saca una carta de un bolsillo del delantal.)*

**EMILIANO.** —¿Y qué dice?

**CORUJEDO.** —¿Qué dice?

**LUISA.** —Pues dice... *(En este instante, por el foro entra Valentina, seguida de José el cochero. Al verla, Luisa grita.)* ¡Ay! ¡La señorita Valentina!...

*(Y todas van hacia ella.)*

**EMILIANO.** —*(A Corujedo.)* Me parece que tampoco nos enteramos de la cartita.

*(Valentina es una muchacha de veintisiete o veintiocho años, muy bonita, un poco tímida y apegada a los prejuicios de su siglo. Al entrar, asustadísima y acongojada, va abrazando a unas y otras con patetismo cómico.)*

**VALENTINA.** —Luisa...

**LUISA.** —Señorita Valentina...

*(Se abrazan.)*

**VALENTINA.** —Adela...

**ADELA.** —Señorita Valentina...

*(Se abrazan.)*

**VALENTINA.** —María... Juana...

**MARÍA.** —Señorita Valentina...

**JUANA.** —Señorita Valentina.

*(Se abrazan.)*

**EMILIANO.** —Esta debe de ser la señorita Valentina. *(A Corujedo.)*

**VALENTINA.** —Estoy como loca... Me parece que me va a dar algo...

**LUISA.** —¿Eh?

**VALENTINA.** —Que me den algo, que si no me va a dar algo.

**ADELA.** —Azahar.

**JUANA.** —El agua de azahar.

**EMILIANO.** —¡La botella!

*(Vuelve a coger la botellita, limpiándola con la manga y ofreciéndosela a Valentina.)*

**VALENTINA.** —No... Azahar no quiero. ¡Quiero a Ricardo! ¡Que me traigan a Ricardo!

**EMILIANO.** —Pero a Ricardo no se lo podemos dar embotellado.

**LUISA.** —Ahora duerme, señorita.

**VALENTINA.** —¡Necesito verle!... ¡Pobrecito!... ¡Y ayer que me dijo que nos casaríamos en enero!... ¡Y yo que le había comprado una chistera de pelo, que son las que le gustan!... ¡Estoy malísima!... ¡Todo me da vueltas!... *(Cierra los ojos.)* ¡Ay!...

**EMILIANO.** —Señorita, no se desmaye usted, que no nos vamos a enterar de la carta del doctor Bremón.

**VALENTINA.** —*(Abriendo los ojos al instante.)* ¿Eh? ¿Se ha recibido una carta del doctor Bremón?

**LUISA.** —Esta mañana.

**VALENTINA.** —¿Qué dice la carta? A ver, a ver, ¡por Dios!...

*(Le arrebatla la carta a Luisa, disponiéndose a leer en voz alta.)*

**EMILIANO.** —Atención, señor Corujedo.

*(El cochero se echa sobre el grupo, impaciente.)*

**EMILIANO.** —Cochero, no atropelle.

**VALENTINA.** —*(Que miraba el papel, suspirando.)* ¡Ay, no veo!...

**EMILIANO y CORUJEDO.** —*(Al mismo tiempo.)* ¿Eh?